

riores confesiones, á pesar de que Jacobo de Molay en Vienne y delante del Papa se había ratificado en sus primeras declaraciones, tan funestas para él y para la orden. Inmediatamente se instruyó un nuevo proceso, y como relapsos en la herejía fueron ambos condenados á muerte por real sentencia, y en 18 de marzo se les quemó vivos en la punta de la pequeña isla del Sena, hoy plaza del Delfinado.

Ya se comprenderá que las simpatías de la posteridad, á cuyos ojos la desapiadada violencia del monarca había sido el rasgo mas saliente de este drama, se inclinaron tanto mas decididamente á favor de la orden cuanto mas ambiguo era el papel en él desempeñado por la Iglesia y cuanto mas ésta dió á entender, en interés propio, que la orden había sucumbido siendo inocente. Aun cuando la Iglesia representó en este asunto un papel indigno, participó de la aureola de martirio en que se había envuelto á la orden, pues á pesar de que era innegable que en último resultado la había entregado á su mortal enemigo, se la disculpó por el yugo de servidumbre que en aquel tiempo se veía obligada á soportar. En realidad, una gran parte de responsabilidad por los errores en que incurrió la orden corresponde á la Iglesia y sobre todo al pontificado, que con una tolerancia exagerada permitió que se lanzara por la peligrosa pendiente. Por su parte, Felipe el Hermoso perjudicó á los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad su buena causa con los funestos medios de que se valió, cuya falta pagó con el desconocimiento á que se vino á parar de su punto de vista. Con tal motivo, hánse contado de este monarca mil fábulas. Hay quien pretende que Jacobo de Molay, al verse en la hoguera, emplazó al rey y á su cómplice Clemente V para comparecer al cabo de un año ante el tribunal de Dios, y con este cuento enlaza el vulgo las muertes de uno y otro, acaecidas la del Papa en 20 de abril de 1314 y la de Felipe en 29 de noviembre del propio año en Fontainebleau. En la cacoquimia de que se vió el rey atacado y en los disgustos que experimentó en el seno de su familia vieron otros el castigo del cielo por el crimen cometido contra la orden de los templarios. Por vez primera ha podido la era moderna rechazar estas preocupaciones y ver en aquel déspota tenaz y violento á un soberano perspicaz, enérgico, dotado de un vivo sentimiento nacional y penetrado de la dignidad y de los derechos del Estado, hombre que supo conocer quiénes eran los enemigos mas temibles del Estado y de la monarquía francesa y atacarlos con tanta energía como buen éxito.

### CAPITULO III

#### NACIMIENTO DEL ESTADO INGLÉS

(901-1189)

En la misma época en que los normandos, codiciosos de botín, assolaban en sus rápidas embarcaciones el Norte de Alemania y arrebatában á los reyes francos occidentales una de sus mas hermosas provincias para, una vez establecidos en ella, ejercer una influencia poderosa en la formación del pueblo francés, las islas Británicas eran teatro de una lucha parecida aunque mas duradera y tenaz. En ellas, sin embargo, el amenazado pueblo anglo-sajon tenia en Alfredo el Grande un salvador y un reformador á quien su pueblo agradecido pudo venerar, aun despues de muchos siglos, como héroe y hombre de Estado que le conquistó un suelo para su ulterior existencia y que, al propio tiempo, arrojó en él la semilla de una superior civilizacion moral é intelectual.

Pero por brillantes que fueran los tiempos de Alfredo, cuanto él hizo señala únicamente los comienzos de un Estado anglo-sajon, no el complemento de su desarrollo. Com-

pletamente terminado no había nada y el imperio de Alfredo no fué, en mucho tiempo, ni exterior ni interiormente, la Inglaterra propiamente dicha (1), pues durante el siglo y medio que le siguió ocurrieron allí los mas graves apuros, así exteriores como interiores.

Los sucesores de Alfredo tuvieron que luchar contra los mismos obstáculos que éste había sabido vencer con tanta gloria como éxito. Los territorios, unidos recientemente al Estado general, trataron repetidas veces de reconquistar su independencia, y los reanudados ataques de los daneses no volvieron á presentarse en su antiguo aspecto aterrador mientras aquel bravo pueblo, gobernado por reyes guerreros, se encontró dispuesto para la lucha; pero con la degeneración de la casa real y al estallar en su seno los odios intestinos, crecieron la audacia y el éxito de los daneses, que se arrojaron con redoblada furia contra Inglaterra cuando se vieron obligados á renunciar á sus empresas en Francia y en Alemania.

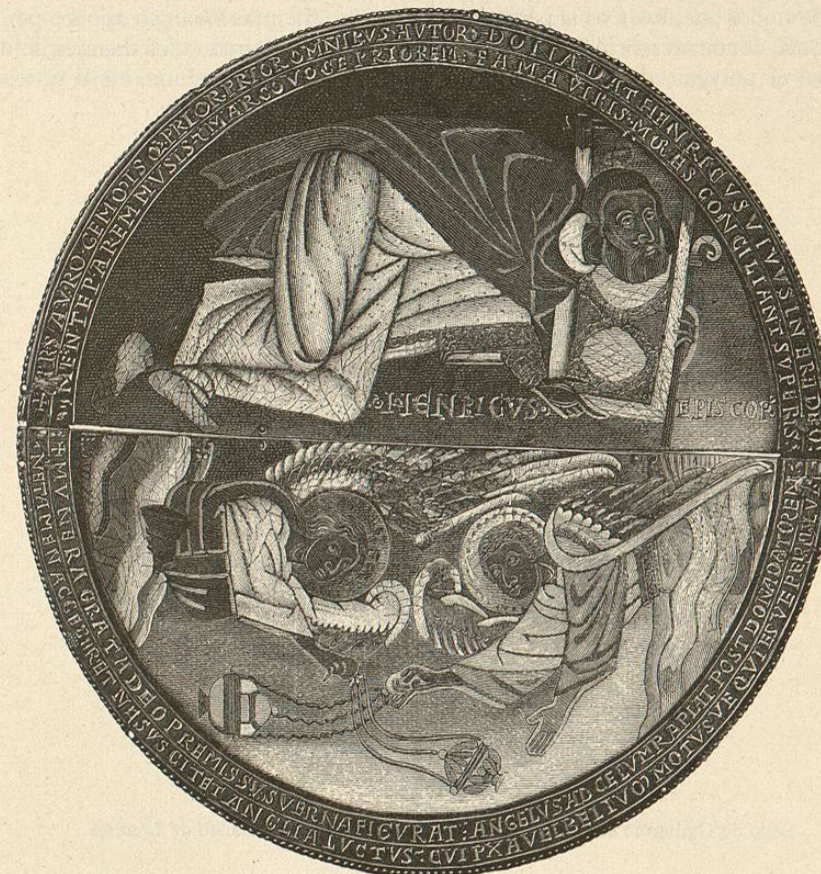
Dignos de la fama heredada, Eduardo (901-924) y Aethelstan (924-941), hijo y nieto respectivamente de Alfredo, gobernaron con energía y fortuna el floreciente reino; aliados y emparentados con la casa imperial sajona y con los esforzados Capetos, conquistáronse una elevada posición entre los príncipes de su tiempo. Aethelstan, cuñado de Oton I, rechazó en la tan decantada batalla de Brunanburg (937) una invasión de daneses y escoceses unidos é hizo fracasar los planes de los inquietos nortumbrios. Pero sus hermanos Edmundo (941-946) y Edredo (946-955), que le sucedieron, hubieron de luchar todavía contra estos enemigos, consiguiendo por fin el segundo hacer reconocer en aquellos territorios la soberanía anglo-sajona. Con el sucesor de Edredo, Edwi (955-959), hijo de Edmundo, comenzó la decadencia, siendo unos amores del rey, que repugnaban á la Iglesia, la causa de un grave conflicto con la parte del clero que era cluniacense y en extremo rígida. Por fin estalló una revolución promovida por Dunstan, celoso partidario de la jerarquía eclesiástica y abad de Glastonbury, la cual acabó con la muerte del rey y con el entronizamiento de su hermano Edgardo. Este se mostró agradecido con los que le habían ayudado á subir al trono, dejando completa libertad al espíritu reformista que les animaba. Bajo la dirección de Dunstan, que como arzobispo de Cantorbery vino á ponerse al frente de la Iglesia anglo-sajona, ésta se vió, durante el reinado de Edgardo (959-975), sometida no sin gran resistencia á la soberanía del partido de la reforma, el cual, por su parte, dejó prudentemente al rey, dado á los placeres, en completa libertad para entregarse á sus aventuras amorosas, tanto mas cuanto que el monarca se mostraba valiente en los campos de batalla y se cubría de gloria combatiendo á los daneses y á los irlandeses. La condición enérgica de Edgardo impidió que el clero se mezclara en asuntos políticos; pero no le imitó en esto su sucesor Eduardo (975-978), cuya menor edad hizo que toda la influencia en las cosas políticas fuera á parar á manos del arzobispo Dunstan y de su partido jerárquico, viéndose el reino despedazado por apasionadas luchas intestinas. El asesinato del joven rey inició un período de nuevas y graves aflicciones que destruyeron la obra realizada por Alfredo el Grande, pues el hermanastro de Eduardo, Etelredo II (978-1016), cuya madre había sido la instigadora de la muerte del joven monarca, era un niño de menor edad, y completamente impotente desde que la muerte de Dunstan, acaecida en 988, le privó de su mas enérgico consejero. Este rey no supo evitar los continuos ataques de los daneses mas que comprándoles por dinero una

(1) Winkelmann: *Historia de los anglo-sajones*, pág. 183.

paz vergonzosa, lo cual excitó aun mas la codicia de los aventureros septentrionales, siendo origen la repetición de este humillante trato de la creación del impuesto llamado «dinero de los daneses», que vino á oprimir al país sin por ello conseguir los resultados apetecidos. El azote danés fué aumentando de año en año: en los territorios fronterizos era cada día mayor el número de extranjeros allí establecidos y muy pronto las incursiones de aquellas bandas feroces hicieron temer una invasión de todo el país. Entonces el odio de los desesperados sajones y la sed de venganza del rey, inepto para una resistencia guerrera, se unieron para una san-

grienta lucha: por orden secreta de Etelredo II fueron asesinados en masa, el día de San Briccio (13 de noviembre) del año 1002, todos los daneses que estaban diseminados por el país, sin perdonar siquiera á las mujeres ni á los niños.

Aquella matanza produjo frutos muy diferentes de los que sus promovedores habían esperado. Entre las víctimas del furor de los anglo-sajones, el rey danés Sven lloró, según parece, á su hermana Gunhilda y desde aquel momento su única idea fué vengarla, á cuyo efecto con una guerra de rapiña asoló los territorios del traidor Etelredo. El reino anglo-sajon, destrozado al propio tiempo por las luchas de partido,



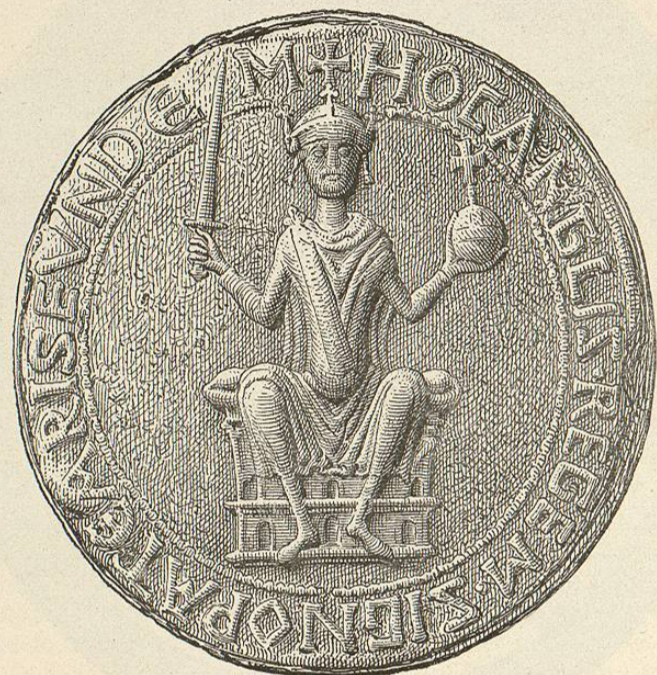
Obispo inglés á mediados del siglo XII (Enrique de Blois, obispo de Winchester).—Placa de cobre con esmaltes existente en el Museo Británico (Londres)

parecía condenado á sucumbir en este caos: en vano se exigieron del extenuado pueblo nuevas sumas con que comprar al terrible enemigo una corta pausa de tranquilidad; en vano se decretó, además del dinero de los daneses, un «dinero de buques» para equipar los que fueran necesarios para la defensa. Diez años de horrores habían transcurrido desde el día de San Briccio de 1002, años que infirieron mortales heridas á la cultura y al bienestar del pueblo anglo-sajon, cuando en 1013 presentóse el rey danés al frente de un formidable ejército para poner fin á la lucha con la completa sumisión de los anglo-sajones. Estos, presa de terror pánico enfrente de un enemigo que, despues de los últimos años, se consideraba invencible, divididos entre sí y desmoralizados por el desorden cada día creciente, apenas se atrevieron á oponer una resistencia formal; de los magnates, los unos se apresuraron por medio de una sumisión pronta á captarse el favor del vencedor, en cuyo poder se encontró al poco tiempo casi todo el reino. Etelredo huyó en 1013 á la corte del duque Guillermo de Normandía, con cuya hermana estaba casado; pero en 1014 la muerte repentina de Sven llevóle de nuevo, bien que por poco tiempo, al trono. En 1015 se le disputó

el hijo de Sven, Canuto, llamado á realizar grandes hazañas, y la muerte evitó á Etelredo la vergüenza de ser expulsado por segunda vez de su país y de su pueblo sin resistencia seria. Los magnates se sometieron servilmente al vencedor, mientras el valeroso Edmundo, hijo de Etelredo, se defendía heroicamente con los ciudadanos de Londres detrás de los muros de la ciudad del Támesis. Edmundo quiso completar en el campo de batalla la independencia de su patria, pero vencido por la traición de algunos magnates, vióse obligado á ceder al enemigo la parte septentrional del reino. Su muerte, acaecida en 1016, hizo á Canuto dueño de todo el reino anglo-sajon, cuyos magnates, reunidos en solemne asamblea según costumbre, lo proclamaron rey.

El gobierno de Canuto el Grande, que ceñía al propio tiempo la corona de Dinamarca y que pronto ciñó la de Noruega, no se dejó apenas sentir como dominación extranjera, pues si bien para mayor seguridad procedió con rigor contra los miembros de la dinastía destronada y contra algunos magnates anglo-sajones sospechosos, despues se casó con Emma, la viuda de Etelredo, obligó á los duques normandos á reconocer su soberanía y así que vió que su situación

era firme, abandonóse á las buenas y amables inclinaciones de su carácter de soberano magnánimo. Dominar el odio entre daneses y anglo-sajones, que se había encendido de nuevo á consecuencia de la matanza ordenada por Etelredo, y dar condiciones de duracion á la mezcla de estos dos pueblos, fueron los objetos á que principalmente tendió su actividad legislativa, y á los cuales contribuyeron anglo-sajones y daneses, que fueron igualados en derechos segun las formas de la antigua vida política germánica. Canuto reconoció por completo la mision histórico-universal del cristianismo, en el cual buscó y encontró, con ayuda de la Iglesia, por varios conceptos favorecida, un terreno propicio para una reconciliacion permanente de ambos pueblos. Con la peregrinacion que en 1026 hizo á Roma, donde presenció la coronacion de Conrado II (1), enlazó el porvenir de su Estado con



Sello de Guillermo el Conquistador (anverso).—Museo Británico de Londres

Canuto, Haraldo, y el otro aclamó al joven Hartknud (ó Harta-Canuto), hijo del gran monarca y de Emma. Pronto fué Haraldo por todos reconocido, teniendo Hartknud que salir con su madre del territorio. Mas al poco tiempo la temprana muerte de Haraldo llamó al trono á Hartknud, el cual con su gobierno exclusivista de partido aumentó la discordia, hasta que una muerte violenta puso fin á su existencia en 1042. Este suceso en nada mejoró la situacion, pues Eduardo, hijo de Etelredo, que con el auxilio del poderoso conde Godwin de Wessex fué reconocido como rey, no estuvo á la altura de las dificultades de aquella época. Criado en Normandía, habíase desarrollado su espíritu dentro de la mas rígida religiosidad, y su naturaleza débil le llevó á ser un penitente y un rezador piadoso, hasta el punto de que el sobrenombre de *confesor* que sus admiradores eclesiásticos le dieron constituyó en él una cualidad funesta. Además, tenia Eduardo una excesiva predileccion al modo de ser franco-normando y una repulsion hácia la antigua rigidez germánica de su propio pueblo, y se dejó llevar inconscientemente de estas inclinaciones de tal suerte que colocó en los mas altos cargos eclesiásticos á sacerdotes normandos y dió á su corte una organizacion completamente normanda. De este modo sembró en el reino, que ansiaba una conciliacion pacífica de los antiguos antagonismos, los gérmenes de nuevos odios y se enemistó con su pueblo hasta el punto de que el descontento general acabó por manifestarse en una rebelion abierta. Cuando el conde Godwin de Wessex, que había tenido que refugiarse por algun tiempo en el extranjero huyendo de los favoritos extranjeros del rey,—regresó en 1052 tremolando con gran número de partidarios la bandera nacional, uniéronse á él los anglo-sajones y obligaron á los odiados normandos, especialmente á los sacerdotes, á huir precipitadamente y atravesar el canal. Este partido nacional subsistió, á pesar de la muerte de Godwin acaecida poco despues de aquellos hechos, por cuya razon Eduardo se guardó bien de intentar una nueva normanizacion del territorio; pero esto no impidió que fuera siempre para su pueblo un extranjero. Mientras valerosos generales aseguraban y ensanchaban las fronteras, el monarca vivia tranquilo y entregado á sus prácticas piadosas, rodeado de sus consejeros espirituales, de suerte que la monarquía anglo-sajona, ya de por sí muy debilitada, acabó de perder la poca importancia que le quedaba. Esto no obstante, el nombre de Eduardo ha pasado á la posteridad envuelto en cierta aureola de gloria, pues por de pronto influyó en su favor la circunstancia de haber sido el último descendiente de la dinastía de Alfredo. Los anglo-sajones, recordando la dura opresion que, desde su muerte, pesó sobre ellos, prosterná-

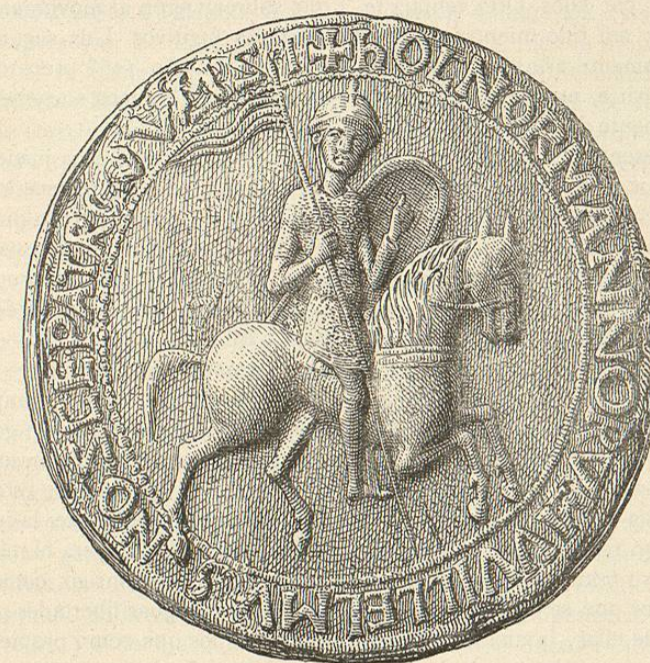
(1) Parte primera.

banse afligidos ante la tumba que se había mandado preparar en la abadía de Westminster, por él edificada. A este retrato de Eduardo el Confesor, poco en armonía con la historia, contribuyó la coleccion de leyes anglo-sajonas que á él se atribuyen y que llevan su nombre; y sin embargo, este monarca débil, en vez de ser un legislador nacional, parece haber buscado en la restauracion de las antiguas instituciones de su pueblo, contrarias á sus verdaderos designios y por él mas de una vez violadas en favor de un derecho extranjero, un apoyo de su trono contra la presion de la oposicion nacional y un medio para desarmar á sus enemigos.

En armonía con las circunstancias, á la muerte de Eduardo (1065) fué postergado Edgardo Aetheling, hijo de Edmundo Costado de hierro, vencido en otro tiempo por Canuto el Grande, y elevado al trono, en vez de él, Haraldo,

hijo del conde Godwin, como valeroso adalid del pueblo anglo-sajon. Era Haraldo un verdadero héroe, que parecia reunir todas las cualidades que de un soberano puede exigir un pueblo en tan críticos tiempos y capaz realmente de devolver su antigua importancia á la monarquía anglo-sajona. No todos, sin embargo, deseaban esto, pues las revueltas de los últimos años y las debilidades de Eduardo habían fomentado el espíritu de independencia de los magnates. El propio hermano de Haraldo, Tostig, quiso reconquistar la soberanía del Northumberland que por sus violencias había perdido, y para ello se alzó con los noruegos; pero éstos y él fueron vencidos por Haraldo despues de sangrientas luchas. Mayores eran todavía los peligros que amenazaban desde el exterior. Guillermo, duque de Normandía, aunque sin tener derecho alguno hereditario, se resolvió muy pronto á apo-

derarse violentamente de la corona de Inglaterra. Tratábase, á lo que parece, únicamente de recoger el último fruto de largos años de luchas, en las cuales los allegados septentrionales de su pueblo habían quebrantado poco á poco las fuerzas de los anglo-sajones, ó de terminar violentamente la obra que Eduardo el Confesor y sus favoritos normandos habían querido paulatinamente llevar á cabo. Estos esfuerzos no fueron del todo infructuosos, pues la parte del clero que constituía el partido genuinamente eclesiástico veía con buenos ojos una transformacion que había de unirla mas estrechamente con Roma y debía facilitar la victoria de las tendencias jerárquicas sobre la organizacion política nacional. Esto fué precisamente lo que dió á la injusta expedicion de conquista del ambicioso duque cierto carácter de empresa acometida en honor de Dios y en servicio de la Iglesia y lo que la presentó á los ojos de los celosos eclesiásticos y de los fanáticos religiosos bajo el aspecto de una verdadera cruzada. Como si en Inglaterra—cuyo pueblo tan fiel había permanecido á la Iglesia y cuyos reyes tantas pruebas de sumision tenían dadas á la Santa Sede—se tratara de sojuzgar á un país cismático, el papa Alejandro II, por consejo del arcediano Hildebrando, envió al duque de Normandía una bandera con el signo de la cruz y la imagen de un caballero luchando, con lo cual presentó á Guillermo como el campeón de la Iglesia. Al recibir el duque de la misma



Sello de Guillermo el Conquistador (reverso).—Museo Británico de Londres

mano un anillo que contenia un cabello del Príncipe de los Apóstoles, se reconoció feudatario de la curia, la cual, en cambio, le apoyó excomulgando al usurpador Haraldo. Y sin embargo, solo se trataba de reproducir lo que con tanta frecuencia y en tan gran escala habían hecho los normandos especialmente en Francia, en Rusia y en la baja Italia. Esta empresa fué de consecuencias mas importantes que todas las anteriores, por lo mismo que estaba en armonía con una corriente poderosa que en aquel tiempo dominaba: la tendencia de la curia romana, que luchaba por conquistar la soberanía universal y queria romanizar, no solo eclesiástica sino política y espiritualmente los Estados de nacionalidad independiente y amoldarlos á la forma escogida por la Iglesia.

La circunstancia de estar Haraldo ocupado en la lucha contra Tostig y sus aliados permitió á Guillermo desembarcar impunemente en las costas inglesas. En la mañana del 27 de setiembre de 1066, hizo se á la mar desde Saint-Valery, la poderosa escuadra del duque con sus 50,000 guerreros; dos dias despues desembarcaba en las costas meridionales de Inglaterra, en Hastings, en el Sussex oriental, organizando un campamento naval bien fortificado, desde el cual asoló terriblemente aquel país. Pronto llegó á Northumberland la noticia del inesperado ataque, y acudió presuroso Haraldo á salvar su corona, sin dejar mas que las tropas ne-